

I

SARAH SPRINZ



DUNBRIDGE
ACADEMY

ANYWHERE
Donde estás tú

SARAH SPRINZ



DUNBRIDGE
ACADEMY

ANYWHERE

Donde estés tú

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Título original: *Dunbridge Academy. Anywhere*

© 2022 by Bastei Lübbe AG

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26752-2

Depósito legal: B. 22.953-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

EN ALGUNA PARTE

—Lo siento —digo, aunque en realidad no es eso lo que quiero decir. Ni mucho menos. Porque implica rendirse, y por el peor de los motivos posibles: porque no hay más remedio.

Mi voz jamás había sonado tan apagada. Es como si me diera igual lo que digo, aunque no es el caso ni mucho menos. Lo que siento es cualquier cosa menos indiferencia.

«¿Qué has hecho, qué has hecho, qué has hecho?»

Lo correcto, nada más. ¿O tal vez no? Hasta ahora estaba seguro de ello, pero empiezan a asaltarme las dudas.

Me doy la vuelta, agarro el pesado pomo de acero negro. No sé cómo me sostienen aún las piernas, ni de dónde saco fuerzas para empujar la puerta de madera oscura y salir del rectorado sin perder la compostura. No lo sé. Ya no sé nada de nada.

Oigo voces en el pasillo, risas que resuenan en los altos techos y las paredes, el sonido de pasos apresurados sobre las viejas losas desiguales en las arcadas. Los rayos del sol entran por las ventanas de arcos ojivales y hacen relucir el polvo suspendido en el aire.

Veo rostros que se vuelven hacia mí, compañeros y compañeras que me sonríen y me saludan como siempre,

pero yo no les devuelvo el saludo porque no me siento capaz. Paso a su lado, vagando sin rumbo. Tengo que marcharme, pero no sé adónde, porque ya no tengo hogar.

Llegar a esta conclusión me sienta como un puñetazo en la boca del estómago, pero es la verdad. Durante unos segundos creo que tendré que detenerme pues me retuerzo de dolor, pero sigo adelante de todos modos.

Mis pies vuelan sobre las losas siguiendo un camino que podría recorrer con los ojos cerrados. Cruzo el patio y llego al ala de los chicos; la hiedra trepa por la fachada de ladrillo rojo, entre celosías elevadas, techos oscuros y torres puntiagudas. Lo veo todo, pero ya no siento nada. Al subir por los escalones gastados me encuentro con alumnos de noveno que reducen el paso al verme, y luego, cuando ya han pasado de largo, echan a correr de nuevo hasta abajo. La pesada puerta de madera oscura que da a nuestra ala está cerrada, tengo que apoyar todo mi peso para abrirla; después me saco la llave del bolsillo de los pantalones y abro la puerta de mi habitación.

Silencio.

Y luego cojo la maleta que guardo junto al armario y empiezo a preparar el equipaje.



Emma

No ha sonado. El maldito despertador no ha sonado. Más que nada porque se me ha muerto el móvil. ¿Cómo es posible que haya olvidado cargarlo justo la noche antes de marcharme a Escocia para pasar un año de intercambio en un internado? ¿En qué estaba pensando? Sé que parece un chiste malo, pero que quede claro: no lo es.

Simplemente me he dormido, justo el día que tenía que irme. Y será mejor que mamá no se entere o le dará un ataque de nervios. Ayer, cuando se dio cuenta de que no llegaría a tiempo para acompañarme a Edimburgo tal como habíamos quedado por culpa de la maldita huelga de personal de tierra en Francia, se mostró muy desconfiada. Como si una chica de diecisiete años no fuera capaz de ir sola hasta el aeropuerto para volar a Escocia.

¿Y ahora qué le digo? Es evidente que tenía razón.

Suelo enchufar el móvil antes de acostarme, pero parece ser que ayer se me olvidó. Al fin y al cabo, tampoco es normal que de golpe llegara a la conclusión de que marcharme a Escocia a pasar un año entero era una idea de mierda, ni que me pasara buena parte de la noche llorando

a moco tendido por eso. Tal vez mi subconsciente quería ofrecerme una última oportunidad de entrar en razón. De no subir al avión para convertirme en la alumna nueva de la Dunbridge Academy y disfrutar del resto de las vacaciones de verano sin más. De regresar a principios de septiembre a la clase de undécimo en el instituto Heinrich-Heine como si no hubiera estado a punto de cometer un grave error. Pero no hay vuelta atrás, todos mis amigos saben que pasaré un año fuera. No puedo rajarme y fingir que no ha ocurrido nada. Parecería que no sé lo que quiero, cuando en realidad lo tengo muy claro. Y para conseguirlo debo ir a Edimburgo.

Voy llenando el neceser de cualquier manera mientras me lavo los dientes.

Tengo que ir. Lo sé desde que encontré ese casete y me pasé la noche en vela escuchando la misma canción una y otra vez hasta el amanecer. *For Emma*, un título que parece burlarse de mí.

De eso hace ya dos meses y medio, y en el fondo estoy segura de que si me han aceptado en esa escuela habiéndolo solicitado con tan poca antelación es porque mamá recurrió a alguno de sus contactos. Es algo que se le da de perlas. No sé si es porque es abogada, pero parece como si en todas partes hubiera alguien que le debe un favor. En realidad yo estaba segura de estar haciendo lo que debía. Aunque mamá no comprendiera que de repente accediera a ir al internado, cuando ella se había pasado el año proponiéndolo y yo me había negado siempre. No puedo confesarle que en realidad lo que quiero es encontrar a mi padre, que su voz en la cinta sonaba completamente distinta de como yo la recordaba, que sonaba tan cerca que sus la-

bios debían de acariciar el micrófono mientras cantaba *For Emma*. Que mientras escuchaba la canción tenía la piel de gallina y el corazón acelerado. Durante toda una noche, y luego nunca más.

Que *For Emma* no ha desaparecido. Que después de haberme pasado años buscando su nombre en internet, resulta que Jacob Wiley sigue esperando el éxito y sigue siendo un hombre con guitarra y sin conciencia, porque estoy segura de que alguien que abandona a su familia para perseguir un sueño y no se digna a mirar atrás en ningún momento no puede tener conciencia.

«Jacob Wiley (nacido en Glasgow) es un cantautor escocés.»

Y que todavía vive allí, o al menos eso afirma su entrada en la Wikipedia. Está en Escocia, por eso yo también tengo que ir a Escocia. Me di cuenta la primera vez que entré en la página web de la Dunbridge Academy por voluntad propia.

—Al aeropuerto, por favor —jadeo un poco más tarde nada más subir al taxi. Quiero cerrar los ojos para no tener que ver el reloj, pero por desgracia me recibe con un resplandor que parece más bien un reproche cuando cojo el móvil. Si llego a tiempo será por muy poco. Esto es una locura. Tengo que pasar por el mostrador de facturación (si todavía no han cerrado), por el control de seguridad y luego llegar a mi puerta de embarque. Todo en solo una hora y veinte minutos, que es cuando despegará el avión. En el mejor de los casos, conmigo a bordo.

No tengo ni idea de lo que haré si no lo consigo. Seguro que más tarde habrá otro vuelo a Edimburgo, pero ¿es tan fácil como cambiar el billete si pierdes el vuelo sin ninguna justificación?

Seguro que mamá lo sabe. Pero, a menos que sea imprescindible, prefiero que no se entere de que ni siquiera soy capaz de subir a un avión. Porque estoy convencida de que lo interpretará como una señal de que no quiero ir a la Dunbridge Academy. Y no es ninguna señal, solo es una coincidencia de mierda.

Le mando un mensaje por WhatsApp para avisarla de que voy hacia la puerta de embarque, lo que no deja de ser cierto.

Son las siete y media de un domingo por la mañana, pero el tráfico en Frankfurt no tiene clemencia. Cierro los ojos cuando el taxi empieza a aminorar la marcha. Dios, estoy acabada. Perderé el vuelo y llegaré tarde al internado. Desde el principio me convertiré en la nueva que ni siquiera ha sido capaz de llegar a tiempo para el inicio del curso.

Tengo el pulso acelerado cuando, media eternidad más tarde, por fin salto del taxi, cojo el equipaje y pago la carrera. Ya he volado muchas veces, sé que el aeropuerto de Frankfurt es un incordio aunque llegues con tiempo de sobra.

Empiezo a correr. La terminal de salidas está repleta de gente cargada con maletas. Son pocos los que se apartan para dejarme pasar, y eso que es evidente que tengo prisa. En la parte interior de los muslos noto las agujetas del entrenamiento del viernes, la última sesión de coordinación e intervalos con las chicas del club.

«Te encantará, Emmi, yo también formé parte del equipo de atletismo de Dunbridge», le oigo decir a mi madre, y acto seguido rezo para que tenga razón.

Me pesan las piernas, es agotador tener que arrastrar

estas dos maletas, y empiezo a notar ligeras punzadas en un costado. Me está costando más de la cuenta levantar los pies del suelo, pero eso no me detiene. Nunca paro de correr hasta que he cumplido el objetivo que me he propuesto, es lo único en lo que demuestro verdadera perseverancia. Sigo corriendo incluso cuando tengo ganas de vomitar por culpa del esfuerzo. Sigo corriendo, sigo adelante, da igual hacia dónde. Imagino a mi padre en ese vagón rojo del tren regional exprés que va ganando más y más velocidad, mientras yo lo persigo, cada vez más rápido. Aunque nunca lo suficiente.

Parezco tan desesperada que la empleada de la aerolínea abre un mostrador nuevo y subo mi primera maleta a la cinta. La mujer arquea las cejas al ver la cifra de la balanza, pero se limita a pegar la etiqueta en mi equipaje sin mediar palabra. Quizá ha sido por lástima. Ojalá haya sido por lástima.

—Dese prisa, la puerta de embarque cierra ahora mismo, pero avisaré a mis compañeros de que va hacia allí.

—Gracias —le digo mientras recojo mis documentos, me doy la vuelta y hago lo que mejor se me da en el mundo.

Echo a correr tan rápido como puedo.